

Me pide usted que le cuente mi vida, que le resuma todas mis andanzas. Me hace gracia, y no voy a ocultar que me gusta la proposición. No creía a nadie en España interesado por mí. Sigo en activo, eso sí, pero más bien parezco un fantasma a quien no se toma en serio.

Cómo podría resumirle mis vivencias. Cómo se las podría contar de tal forma que parezcan una historia con sentido. Es imposible. No son más que la suma de anécdotas de alguien que quería poder decidir por si misma, y fracasó, como todo el mundo fracasa.

Amé la música, viví por ella y creo haber extraído de sus entrañas momentos maravillosos. Nunca me ceñí a ningún estilo, me gustaban todos. Nunca quise atarme a ningún hombre, todos eran deseables en algún momento. Disfrutaba con aquello que hiciera vibrar al público. Lo intenté aquí y en París y en Nueva York y en Argentina.

Si viajé tanto fue porque me llevaron y porque sentía que en cada viaje volvía a ser una persona diferente. Tiene poco que ver la Carmen francesa con la española, la de veinte años con la de cuarenta. Me cuesta trabajo reconocerme.

¿Qué quiere que le cuente? ¿El principio? Yo más bien empezaría por el final. Por la noche última, que me es más cercana. No; lo que yo le diga tiene poco que ver con la realidad. La memoria, debería saberlo, lo distorsiona todo.

Hoy es 18, septiembre, año 61. Estoy en Zaragoza y actúo en el Oasis. Me encuentro cansada, nadie se acuerda de mí y como el día del estreno no hay mucha gente, apenas dos docenas ...